

## AGENDA CIUDADANA

### PETROLEO

Lorenzo Meyer

**Petróleo y Futuro.**- En muy poco se parecen las dos plataformas políticas que, de cara al 2006, han publicado en sendos libros Andrés Manuel López y Jorge G. Castañeda – “*Un proyecto alternativo de nación*” y “*Somos muchos: ideas para el mañana*”, respectivamente--. Sin embargo, ambas tienen al menos un punto en común: la propuesta de una política petrolera que permita usar a esa industria como la gran palanca para sacar a la economía mexicana del abismo en que cayó hace 22 años y en donde permanece, sin poder avanzar en dirección a un desarrollo donde se logren los niveles de empleo y de calidad de vida que el país demanda y a los que tiene derecho.

En 1988 el barril de petróleo West Texas Intermediate estaba a diez dólares, pero no hace mucho sobrepasó los 55 dólares y la mezcla mexicana los 31 dólares. Seguramente este nuevo boom de los hidrocarburos no durará mucho, pero ya no hay base para suponer que algún día se volverá a ver en el mercado un petróleo barato. En tales condiciones, es tiempo de reflexionar sobre la manera como México puede aprovechar esta oportunidad, pues desperdiciarla de nuevo sería una irresponsabilidad imperdonable.

Si hoy el aumento de la producción de petróleo y de sus derivados abre la única salida inmediata para una economía estancada, se debe tener conciencia que se trata de una salida de emergencia y no de una solución del problema de fondo. La exportación de hidrocarburos no es la respuesta sustantiva a la exigencia de lograr un desarrollo sustentable. En el largo plazo, nadie con sentido de responsabilidad puede suponer que la venta al exterior de nuestro patrimonio petrolero --como tampoco el envío masivo de trabajadores a Estados Unidos en espera de que aumenten los ingresos de divisas por sus

remesas— sea una forma sana o duradera de lograr los recursos que el país requiere para sostenerse dentro del duro mercado global. Aquellas economías también subdesarrolladas pero que avanzan sobre bases exportadoras firmes, como pueden ser las de China o India, no tienen un carácter petrolero ni dependen de manera excesiva de lo que envían sus ciudadanos en el extranjero. Por el contrario, su fuerza está en la exportación de bienes manufacturados y de servicios, algunos de ellos muy especializados, producto de la buena preparación de su capital humano.

El cambio que tuvo lugar el pasado 1° de noviembre en la cúpula de la administración de la industria petrolera mexicana al ser removido de la dirección general de PEMEX, por deficiencias en su conducción, el ingeniero Raúl Muñoz Leos, y ser sustituido por el también ingeniero Luis Ramírez Corzo, obliga a reflexionar sobre la naturaleza de la administración y dirección de esa importante actividad industrial. El éxito de PEMEX para contribuir positivamente al proyecto nacional no va a estar relacionado sólo con la naturaleza de sus políticas y de las grandes variables económicas, sino también con la calidad del liderazgo que tenga la mayor empresa mexicana en lo que hoy se perfila como una coyuntura histórica.

Lo que se nos Escrituró Mal.- En 1921, en *La suave patria*, Ramón López Velarde llegó a la conclusión que a México Dios le había escriturado un humilde establo pero sus veneros de petróleo el diablo. Quizá el gran poeta zacatecano estaba equivocado, pues lo que pareciera escriturado por el maligno no son los depósitos de hidrocarburos propiamente dichos, sino los dirigentes políticos y los administradores del petróleo. Y hay datos que así lo indican. Para elaborar una encuesta publicada por el semanario *Newsweek* el 1° de noviembre, se pidió a expertos internacionales que calificaran a un grupo de 22 países según el grado de corrupción en su industria petrolera, dándole diez al país libre de

corrupción y uno al corrupto total. El resultado muestra que hay 15 países con mayores grados de corrupción que el nuestro, empezando con Nigeria y terminando con Arabia Saudita. Sin embargo, lo anterior no es consuelo pues aunque ninguna industria nacional está enteramente libre de pecado, pues el mejor de la lista, Noruega, sólo alcanzó un 8.9, resulta que México fue calificado con un inaceptable 3.6. En fin, el asunto no es decidir si el vaso está medio lleno o medio vacío, sino aceptar que PEMEX y todas las actividades que se desarrollan en torno a la principal empresa mexicana, aún están muy lejos de ser lo que debieran por lo que a buena administración se refiere.

Es justamente por lo anterior que el último cambio de director de PEMEX preocupa. Al director general de PEMEX que cayó en desgracia se le pidió su renuncia por una mezcla de incapacidad de liderazgo con escándalos. Estos últimos van de la firma de un contrato con el corrupto Sindicato de Trabajadores Petroleros de la República Mexicana por poco menos de 8 mil millones de pesos hasta cargar a la paraestatal un par de cirugías plásticas de su esposa por un costo de 140 mil pesos. Y lo peor es que el sustituto no llega libre de sospecha, pues de entrada se le acusa de conflicto de intereses —la renta en muy buenos términos de un edificio del que él es copropietario a la rama de PEMEX que él dirigía: Exploración y Producción— y de favorecer con contratos a ciertas empresas en detrimento de otras (Proceso, 7 de noviembre, 2004). Es indispensable que desde ahora se deje perfectamente claro que las sospechas carecen de todo fundamento o se proceda a una reestructuración a fondo de los cuadros encargados de conducir a PEMEX. Sin embargo, el fondo del problema no son sólo los administradores de PEMEX sino algo más complejo: el papel que se le ha asignado a la empresa dentro del proyecto nacional.

Tres Historias.— Una manera de adentrarse en la naturaleza del gran desafío que México tiene frente a sí en materia de petróleo, consiste en el examen de nuestra historia

como país petrolero. Desde la perspectiva de la relación del petróleo mexicano con sus mercados y con el desarrollo económico, se debe aprovechar el próximo cambio presidencial para proceder a empezar a escribir una nueva etapa en la historia petrolera mexicana; una donde sea posible, por fin, lograr una combinación de inteligencia, honradez y voluntad de enfrentar a los muchos intereses creados que trabajan a favor del no cambio. Si bien se puede argumentar que tan afortunada combinación ya se dio en el pasado, resulta que fue sólo por un tiempo muy breve: en el período cardenista. En la posrevolución tuvo lugar una conjunción de petróleo nacionalizado con presidencialismo autoritario, corrupción y ausencia de mecanismos para exigir cuentas a administradores y sindicato.

Las tres etapas vividas hasta hoy por la industria petrolera mexicana, según su relación con el mundo externo, se pueden delinear de la siguiente manera. La primera, abarca de las primeras explotaciones comerciales exitosas llevadas a cabo por una empresa extranjera en 1901 –la del norteamericano Edward L. Doheny-- hasta la expropiación y nacionalización de la industria en 1938. Simplificando mucho, en este período el mercado externo marcó a la industria. En efecto, eran extranjeras las empresas encargadas de la producción, refinación y el transporte, y externo era el consumo, aunque al final el mercado interno ya tenía una cierta importancia. La lucha básica de la época fue la que llevó a cabo el gobierno revolucionario para lograr, vía impuestos, que una parte creciente del valor de lo exportado se quedara en México. Al final, en una época en que el papel del Estado como actor económico no era significativo, muy poco de la riqueza petrolera de entonces tuvo un efecto permanente fuera de las zonas petroleras.

La segunda etapa abarca de la expropiación de 1938 hasta el final de la década de 1970. En esos cuarenta años, la actividad de PEMEX se concentró en responder a las crecientes demandas del mercado interno –fue entonces que México pasó de rural a urbano

y cuando la industrialización marcó a la actividad económica-- y a exportar e importar lo mínimo. Fue la época en que México rechazó las presiones para lograr el retorno de las extranjeras al campo de la producción, pero también fue el tiempo en que se institucionalizó la corrupción en los contratos con proveedores lo mismo que en las relaciones obrero patronales. La relación del gobierno con el sindicato de PEMEX permitió que un líder como Joaquín Hernández Galicia, “La Quina”, llevara a extremos la política caciquil en el sector petrolero.

Para ejemplificar la naturaleza del período, se puede tomar un año típico, como 1965. Ese año, el mercado de PEMEX era interno, pues sólo el 15% de las ventas fueron exportaciones. La producción total llegó a 118 millones de barriles, es decir, tres veces más que al momento de la expropiación, y su fuerza laboral –trabajadores de planta y transitorios— también creció en la misma proporción, lo que significa que la productividad por trabajador permaneció igual. Y si en 1938 los sueldos y salarios para las 54 mil personas en nómina equivalieron al 26% de las ventas, en 1965 fueron casi del 25%. Del total de sus ventas, PEMEX pagó en impuestos el 12% y pudo dedicar a la inversión un poco más del doble. La empresa, sin ser la mejor en su ramo, tampoco era un desastre.

La tercera época se inició cuando el liderazgo político al más alto nivel decidió que México debería retornar al grupo de países exportadores de petróleo como salida a la crisis económica que había estallado en 1976 y había acabado con los supuestos del “desarrollo estabilizador”. Al concluir la presidencia de José López Portillo en 1982, la producción petrolera había aumentado más de 300% en el sexenio pero el personal sólo poco más del 50%, lo que significó un aumento en la productividad per capita. La relación ventas-impuestos sufrió un gran cambio: en 1982 PEMEX pagó el 28% de sus ventas al fisco, es decir, más del doble que en el año tomado como típico en el período anterior. Sin embargo,

la verdadera modificación de 180° tuvo lugar en el mercado: de lo producido en 1982 el 84% fue a la exportación; el consumo interno se convirtió en marginal.

A partir de la gran crisis de 1982 y del cambio de modelo económico --que dejó de estar volcado hacia adentro para orientarse en función de las demandas del mercado globalizado-- y del aumento impresionante de la deuda pública interna y externa, el petróleo se transformó en el sostén de las finanzas públicas. Hoy, PEMEX produce 3.4 millones de barriles diarios, de los cuales poco más de la mitad se exportan: 1.8 millones, y de los cuales el 78% va a parar a Estados Unidos. La paraestatal le transfiere al gobierno federal el equivalente al 61% del valor de sus ventas, lo que representa el 35% de los ingresos fiscales; en esas condiciones no es sorprendente que no haya recursos suficientes para la inversión. En la actualidad, el gobierno mexicano es abiertamente dependiente de la explotación de un recurso natural no renovable y del que han disminuido sus reservas probadas.

La Encrucijada. La parte más desagradable de la historia petrolera posterior a 1982 es que, pese al aumento en la intensidad de la explotación de los yacimientos mexicanos, la marcha de la economía en su conjunto fue pésima. En promedio, el crecimiento real del PIB en los últimos 22 años es de 0.3%, que equivale al estancamiento. En realidad, sacamos nuestro petróleo para alimentar el crecimiento económico, pero no el nuestro, sino el de la gran economía globalizada que lo consume.

En el período posterior a la expropiación cardenista y hasta mediados de los años setenta del siglo pasado, la industria petrolera acompañó un desarrollo económico que resultó notable --el “milagro mexicano”--, pero en el actual el enorme consumo de los hidrocarburos mexicanos no ha sido acompañado de nada que podamos considerar un éxito. Es evidente que debemos modificar una vez más nuestra política petrolera. No

**deberíamos ser tan irresponsables como para permitir que esa riqueza se siga dilapidando. Hay que proponer, discutir y poner en marcha una nueva etapa donde el ingreso petrolero sea algo más que la excusa para no llevar a cabo la auténtica reforma fiscal que el país demanda desde hace decenios.**